

COLUMNA 10

Sumario:

U Thant y la O.E.A.

La entrevista de Harriman con el Presidente
chileno Frei

Crisis de la democracia de América en la
República Dominicana, por Juan Bosch

SANTO DOMINGO

Editores

Mischa Cotlar

Cora Ratto de Sadosky

Francisco Bullrich

Nº 1 - Julio 1965

m\$n. 20.-

Los diarios tienen, generalmente nueve columnas; COLUMNA 10 aspira a contener información que no se difunde normalmente y que puede ser útil para una correcta comprensión de la realidad actual.

Es sabido que las cosas más simples suelen ser las más difíciles de definir, pero cuando en lo que debe definirse se unen a la simplicidad implicaciones políticas, la empresa de la definición se vuelve casi imposible.

Los que escriben o hablan, aparte de saber que las palabras que deberán usar —paz, democracia, comunismo, reacción, soberanía, atropello...— tienen para cada uno un significado distinto, cuando tienen alguna, deben saber también que lo que escriban o digan será juzgado sobre todo por las intenciones que se suponga han tenido al escribir o hablar.

Así ha llegado mucha gente a desesperar de hacerse comprender, otra a renunciar a entender, muchos a valorar la fuerza de la demagogia y muchísimos a ser dóciles recipiendarios de slogans más o menos vacíos, sin suponer siquiera que sea necesario averiguar su significado ni cuáles son los fines a que sirven repitiéndolos o propalándolos.

Un argumento como el siguiente: "Estados Unidos tenía que invadir la República Dominicana, pues de lo contrario hubiera habido otra Cuba", puede escucharse dicho por un ignorante o por un sabio, por alguien que se considera conservador o liberal, por

un rico o por un pobre. ¿Cuántos, de esos mismos, podrían explicar qué significa para el mundo o qué relación tiene con sus propios intereses que exista el actual régimen cubano o que significaría que existiese otro similar? ¿Cuántos son los que están en condiciones de comparar la historia y la situación política de Cuba con las de la República Dominicana?

"Más importante es que nuestro ejército luche contra el comunismo que defienda la soberanía del país." Esto también se oye —y, en los últimos tiempos, con frecuencia—, pero ¿cuántos de los que afirman algo semejante están en condiciones de citar un caso histórico que pruebe que una acción como esa haya favorecido los intereses de un país o de su pueblo? (Aun suponiendo que sepan contra qué quieren luchar cuando hablan de luchar contra el comunismo...)

Los que nos hemos reunido para editar COLUMNA 10 no esperamos "hacer la luz" con nuestra publicación. Para proponernos hacer eso necesitaríamos fuerzas y medios de que no disponemos. Nuestras posibilidades nos limitan a un objetivo mucho más modesto. Somos un grupo de gente independiente que, a pesar de tener ideologías distintas y posiciones filosóficas diversas, creemos poder realizar juntos una tarea que a todos nos parece útil: proporcionar a la mayor cantidad de gente posible, la mayor cantidad de información complementaria posible, para incitar a la formación de juicios propios que cada uno se sienta en condiciones de fundamentar por sí mismo.

Como tenemos opiniones, no pretendemos ser objetivos. Pero no pretendemos imponer nuestras opiniones, sino dar los elementos en que puedan fundarse opiniones —que, seguramente, no serán todas idénticas, ya que las ideologías, los intereses y las filosofías distintas harán utilizar los elementos de juicio de distintas maneras.

Este primer número contiene opiniones, relacionadas con el problema dominicano, de U. Thant, Eduardo Frei y Juan Bosch. El secretario general de las Naciones Unidas habla en el prescindente tono diplomático que le impone su cargo; el presidente de Chile es un demócrata cristiano; Juan Bosch es un liberal. Difundir esas opiniones no significa compartirlas. En nuestro caso, significa creer que es de positivo interés dar a conocer lo que piensan y dicen personalidades de distinta ubicación respecto de un mismo problema.

U THANT Y LA O.E.A.

El Secretario General de las Naciones Unidas, U Thant, pronunció el 27 de mayo último un discurso ante la Conferencia Anual de las Organizaciones no gubernamentales afiliadas a las Naciones Unidas, manifestando su inquietud por las posibles consecuencias de la resolución de la O.E.A. (Organización de Estados Americanos) de crear una fuerza interamericana.

Dijo el doctor U Thant:

Por supuesto no es necesario decir cuánto me alegra volver a reunirme con ustedes, pero quiero aprovechar esta oportunidad para agradecerles nuevamente, en nombre de esta Organización, el empeño que realizan por la causa de las Naciones Unidas y la devoción que demuestran a los principios de la Carta. Quizá sea oportuno que en esta ocasión les exprese algunos de mis pensamientos acerca de la situación que enfrentan las Naciones Unidas en este momento —y, de hecho, que enfrenta el mundo.

Quizás todos ustedes concuerden conmigo en comprobar que después de la crisis cubana de octubre de 1962 hubo una toma de conciencia general en todo el mundo y particularmente entre las grandes potencias, las potencias nucleares, acerca de las terribles consecuencias de una catástrofe nuclear. Esta toma de conciencia hizo actuar a las grandes potencias en forma cautelosa y, de un modo curioso, ayudó a crear una atmósfera de acuerdo para la conducción de las negociaciones sobre paz y desarme.

Paradójicamente, la crisis cubana fue seguida de un rápido deshielo en la guerra fría durante 1963. En mi experiencia, 1963 fue uno de los mejores años en la historia de las Naciones Unidas en lo que se refiere a relaciones internacionales. En ese año se firmó un tratado parcial de prohibición de pruebas nucleares en Moscú, y la Asamblea General adoptó una resolución que prohíbe las armas nucleares en el espacio exterior. No fue solo eso; en la sesión de la Asamblea General de setiembre-diciembre de 1963 muchas resoluciones importantes fueron adoptadas casi por unanimidad. Fue, según creo, una ex-

periencia única para todos nosotros en las Naciones Unidas.

Así, al final de 1963, la mayoría de aquellos que queremos que las Naciones Unidas se conviertan en un instrumento realmente efectivo para la paz esperamos que 1964 fuera un año aún mejor en lo que respecta a relaciones internacionales y al clima político general. Desgraciadamente, 1964 representó un retroceso en varios sentidos. Una causa importante del deterioro de las relaciones internacionales fue la disputa centrada en la aplicabilidad del artículo 19 de la Carta (referente al pago de las cuotas de los Estados Miembros cuestionadas en relación con el costo de las fuerzas operantes en el Congo. N. del T.). Y como ustedes saben, la última sesión de la Asamblea General fue, en varios sentidos, un aborto.

Yo esperaba que 1965 fuese un año mejor, en el sentido de que las cláusulas pertinentes de la Carta que tratan sobre la necesidad de practicar la tolerancia y de vivir con los otros como buenos vecinos fueran aplicadas en nuestras relaciones. Esa era nuestra esperanza a fines del año pasado. Desgraciadamente, como ya dije en una ocasión anterior, los primeros meses de 1965 no dan pie a ningún optimismo —no sólo en relación con el funcionamiento futuro de esta Organización, sino también en relación con el cuadro general de las relaciones internacionales en términos del contenido de la Carta. No creo necesario referirme a los detalles o a las circunstancias que han llevado a esta situación. Pero es un hecho del cual estoy convencido que los primeros cinco meses de 1965 representan un retroceso definido, comparándolos en particular con la atmósfera muy favorable que se produjo en 1963.

Me parece importante expresar mi pensamiento aunque sea brevemente acerca del funcionamiento de las organizaciones regionales *vis-à-vis* de las Naciones Unidas. Por supuesto, nada más ajeno a mi intención que cuestionar la jurisdicción o la competencia de las organizaciones regionales para ciertas funciones, de acuerdo con las constituciones por ellas adoptadas. Pero, desde el punto de vista del funcionamiento de las Naciones Unidas, creo que recientes acontecimientos tendrían que estimular la discusión con respecto al carácter de las organizaciones regionales, la naturaleza de sus funciones y las obligaciones en relación con sus responsabilidades frente a las Naciones Unidas.

Si una organización regional en particular se considera a sí misma competente para realizar ciertas funciones mediante acciones de fuerza en su propia región, me temo que el mismo principio debería ser aplicable a todas las otras organizaciones regionales. Actualmente hay muchas organizaciones regionales en todo el mundo. Mencionaré tres en particular. La Organización de Estados Americanos, la Organización de Unidad Africana y la Liga de Estados Árabes. Estas tres organizaciones han sido formadas no en base a ideologías políticas, sino sobre una base geográfica. Si una organización regional en particular, de acuerdo con su propia constitución, considera apropiado emprender una acción de fuerza en su propia región, naturalmente toda otra organización regional deberá ser considerada competente, dado el precedente, para tomar medidas de fuerza en su propia región. Si se reconoce la competencia de la Organización de Estados Americanos para emprender una acción de fuerza en un país determinado de su región, tenemos que admitir también la competencia análoga de la Organización de Unidad Africana. Naturalmente las mismas consideraciones se aplican a la Liga de Estados Árabes.

Pese a que, como ya he dicho, no es mi intención cuestionar la competencia o la jurisdicción de ninguna organización regional, creo que todos los que estamos sincera y honestamente empeñados en la causa de las Naciones Unidas tendríamos que considerar seriamente esta cuestión. Estoy seguro que estas breves observaciones mías van a estimular las discusiones.

Debo hacer una observación más. Creo que vale la pena destacar que los enemigos de la humanidad hoy, como siempre, son la ignorancia, el analfabetismo, la enfermedad y la pobreza. Creo que si los líderes del pensamiento y de las ideas, los líderes de hombres, los líderes de los gobiernos y de los países se esforzasen en conseguir resultados significativos para la estabilización de un orden mundial, esos son los enemigos que deberían ser combatidos primero. Dos terceras partes de la humanidad no tienen suficiente que comer ni suficiente ropa ni casas adecuadas en las que vivir. Creo que predicarles las virtudes de la democracia, la dignidad humana y las libertades democráticas no es sólo irrelevante sino ridículo. Su primera necesidad es tener suficiente comida, ropa adecuada y vivienda digna. Esas son sus

necesidades primarias. Creo que las tentativas de hablarles del ideario de la democracia parlamentaria no llegarán a conmovellos. En mi opinión este intento no remediaría nada. El único remedio es destruir las causas de ignorancia, analfabetismo, enfermedad y pobreza. Creo que tenemos que ir a la raíz del problema si queremos establecer un orden mundial estable, si queremos ver los principios de la Carta de las Naciones Unidas practicados en todas partes del mundo.

CeDInCl

En el segundo número de

**COLUMNA
10**

un artículo de Bertrand Russell
sobre las

**ATROCIDADES DE LA GUERRA
DEL VIETNAM**

LA ENTREVISTA DE HARRIMAN CON EL PRESIDENTE CHILENO FREI

La revista chilena Ercilla, de tendencia democristiana, tituló el artículo sobre la entrevista "Frei-Harriman: "Dos tesis frente al comunismo". L'Express, de París, semanario informativo, dio una gran importancia a la entrevista y tituló el artículo sobre ella: "El sorprendente diálogo de un americano del Norte con un americano del Sud".

Averell Harriman vino a América del Sud como enviado especial del presidente Johnson para informar a varios jefes de Estado sobre las posiciones del gobierno norteamericano frente al problema de la República Dominicana y frente a la OEA. Conversó en 6 días con 8 jefes de Estado. (Según Ercilla favoreció la rapidez de su misión el encontrar en Colombia un presidente que, para evitarle toda molestia, concurrió él a la embajada de los EE.UU. a altas horas de la noche porque así convenía al enviado norteamericano.)

Eduardo Frei, democristiano, es el presidente de Chile desde 1964.

Las tesis expuestas por Harriman en Chile son conocidas; son las mismas dadas en sus conferencias de prensa de Brasil y la Argentina. Contienen dos declaraciones fundamentales: el reconocimiento de que "el gobierno de los Estados Unidos tuvo que faltar a la palabra que Franklin D. Roosevelt empeñó en Montevideo en 1933 cuando prometió, como parte medular de la política de Buena Vecindad, que los EE. UU. nunca más intervendrían en los asuntos políticos de los países latinoamericanos" y que "a la OEA (Organización de Estados Americanos) le corresponde también realizar una nueva estrategia de intervención contra el comunismo".

No vale la pena reproducir los argumentos de Harriman para apoyar esas declaraciones, no sólo porque son conocidos, sino porque ya han sido abandonados por los propios norteamericanos, que han desistido de su propósito inicial de hacer aparecer la revolución dominicana como una revolución comunista.

Creemos que, en cambio, tienen mucho interés las respuestas de Frei que transcribimos de Ercilla, según el texto firmado por Luis Hernández Parker.

Dijo el presidente chileno al enviado del presidente Johnson:

"Ustedes los norteamericanos conocen una clase de comunismo. Nosotros los demócratacristianos chilenos otra. Usted, señor embajador, nos acaba de contar que estuvo muchísimas veces con Stalin, con Trotsky, con Jruschov. Con este último hasta salió de caza. Ha visto, pues, a los dirigentes de un comunismo expansivo, imperialista, militarizado y agresivo. Además, en Norteamérica el comunismo está "off side". No existe como fenómeno social. No está metido en el pueblo. Muy por el contrario. Para ustedes, pues, comunismo es igual a ejército rojo, a bomba atómica rusa, a invasión de la China comunista.

El comunismo que nosotros conocemos en Chile es totalmente diferente. No le niego que uno y otro puedan estar conectados. Pero la imagen del comunismo chileno —considerado globalmente— es que es un fenómeno social y político. Es un partido que se sostiene dentro de la masa popular. No sólo está dentro de Chile, sino dentro del pueblo chileno. Y lo de Chile vale para toda América latina.

A este comunismo social que se mueve en los sindicatos, que tenía el control del movimiento universitario, que en un momento determinado penetró con gran fuerza en el campesinado (hasta que llegó la DC), no se le podrá jamás vencer con medidas represivas ni con instrumentos policiales y militares como los que su gobierno propone. Durante 11 años rigió en Chile la Ley de Defensa de la Democracia (ustedes quieren ahora una LDD para todo el continente). Nosotros combatimos esa ley y tuvimos razón en hacerlo. Porque después de 11 años el PC chileno salió más fuerte. Aliado con el PS estuvo a punto de conquistar legalmente el poder en 1958.

Me parece que los norteamericanos no se explican por qué los comunistas crecen en los países subdesarrollados. Tengo la impresión de que creen que los comunistas se fortalecen porque no hay suficientes leyes y aparatos represivos. No es cierto. Los comunistas crecen en los países pobres porque definden cambios profundos en la estructura; mientras, en general, no hay otras fuerzas políticas que lo hagan con la misma vehemencia. Avanzan, pues, solos en un inmenso campo propicio.

En Chile los comunistas se han encontrado con la horma de sus zapatos. Aquí ellos no son los únicos que están por los cambios. También estamos nosotros los demócratacristianos. Ellos creen que los

cambios hay que hacerlos sin libertad: nosotros estamos demostrando que se pueden hacer con libertad.

Pero la libertad tiene que ser para todos. No sólo para los chilenos. También para los cubanos, para los haitianos, los nicaragüenses y los dominicanos. Para todos. Usted, señor Harriman, acaba de reconocer que la OEA no sirve tal como está. Nos ha dicho que su Gobierno intervino en subsidio de la OEA. Como ella carece de agilidad y de instrumental, tuvo EE. UU. que reemplazarla. Me alegra escuchar de sus labios algo que nosotros venimos repitiendo desde hace mucho tiempo. Que la OEA no sirve. Pero ustedes proponen convertir la OEA en un instrumento ideológico y militar. Quieren que ella, desde luego, acepte el principio de la intervención. Que califique la intervención y que la juzgue justa y legítima cuando intervenga contra un movimiento comunista; contra la agresión comunista. En cambio, que no intervenga cuando el movimiento cambie un presidente constitucional por una dictadura militar. Que, aún más, apruebe esta dictadura militar si se hace en nombre de la guerra al comunismo. Desea también que la OEA posea un ejército.

Nosotros rechazamos estos puntos. La OEA no puede ser un organismo ideológico y menos militar. La OEA es un organismo regional de los Estados latinoamericanos que se declaran miembros suyos sobre la base de la aceptación voluntaria de una Carta. De una Constitución. Nosotros, los chilenos, como hombres de derecho, respetamos la Carta de la OEA, que afirma el principio de la no intervención. La no intervención es el arma de los débiles para protegerse de los fuertes. Ni ustedes ni los rusos necesitan invocar la no intervención porque poseen la bomba atómica.

Que la OEA debe cambiar, estamos de acuerdo. Pero no para convertirse en un instrumento militar o ideológico, sino en un organismo dinámico al servicio de los grandes cambios que estos pueblos reclaman. Hoy la OEA carece de fuerza moral, porque entre los 14 votos que se pronunciaron por la formación de una fuerza militar interamericana para "evitar la dictadura en la República Dominicana" había muchos países que están gobernados por dictadores... ¡Claro que éstos son anticomunistas, entonces no importa! Defendamos, señor, la democracia representativa, pero no solamente para que ella impere hoy en Cuba. También en los demás países donde no existe, o si existe apenas si es simbólica."

CRISIS DE LA DEMOCRACIA DE AMERICA EN LA REPUBLICA DOMINICANA

Juan Bosch fue el primer presidente constitucional de la República Dominicana, después de treinta años de dictadura de Trujillo. Electo por su pueblo en noviembre de 1962, fue derrocado por un golpe de Estado en setiembre de 1963, cuando sólo había gobernado siete meses. Escribió en el exilio su libro "Crisis de la democracia de América en la República Dominicana", que ha sido editado por el Centro de Estudios y Documentación Sociales, A. C. en Méjico, como suplemento de la revista "Panoramas" (marzo-abril, 1965). El libro no ha sido difundido en la Argentina; entendemos cooperar con el propósito con que fue escrito reproduciendo algunos fragmentos que ilustran sobre la personalidad de su autor y sobre la situación imperante en la República Dominicana en el momento de la iniciación de la revolución del 24 de abril de 1965.

Este libro se ha escrito para poner de relieve ante los ojos de dominicanos y latinoamericanos las debilidades intrínsecas de una sociedad cuyo desarrollo ha sido obstaculizado sistemáticamente por fuerzas opuestas a su progreso. Como resultado de esas debilidades, la democracia creada por el pueblo era también intrínsecamente débil y no podía hacer frente a sus enemigos tradicionales.

LA PERSONALIDAD DE JUAN BOSCH

... tratar conmigo no era fácil —soy consciente de ello— porque yo tenía una sensibilidad muy viva para todo lo que pudiera afectar la soberanía dominicana. Mi pobre país había tenido desde su primer día de vida republicana una caterva de líderes políticos que dedicaron su capacidad y sus esfuerzos a buscar una metrópoli a quien entregarle el don de nuestra independencia, y así se explica que nacimos siendo un protectorado de Colombia, en los días de Bolívar, fuimos después territorio de Haití hasta 1844 y a los diecisiete años de república retornamos a ser colonia española —en 1861— por petición nuestra, no por instigación de España; en 1870 hicimos

todo lo posible por entregar a Estados Unidos un pedazo del país; a fines del siglo gestionamos de nuevo el protectorado norteamericano.

Yo sufría en carne viva, como una afrenta personal, el espectáculo de tantos hombres sin fe en el destino de su patria. En mi infancia había visto bajar de los edificios públicos la bandera dominicana para izar en su lugar la de América del Norte, y nadie podrá nunca imaginarse lo que eso significó para mi alma de siete años. Seguramente me sería difícil decir por qué vía llegaban a La Vega —el pequeño pueblo donde había nacido y donde crecí— los corridos mejicanos que contaban cómo Pancho Villa se había enfrentado a los soldados norteamericanos que entraron en Méjico, pero puedo decir, sin temor a ser mentiroso, que Pancho Villa se convirtió en mi ídolo. Es muy probable que para entonces yo no supiera una palabra acerca de los fundadores de la República Dominicana, de Duarte, de Sánchez, de Mella; sin embargo, sabía bastante de Martí, de Máximo Gómez, de Maceo y cantaba canciones de la guerra cubana, lo cual tal vez explique que Pancho Villa se convirtiera para mí en la suma de todos los héroes de Cuba. En las noches rezaba para que apareciera un Pancho Villa dominicano, alguien que hiciera lo que él había hecho en Méjico y lo que Martí, Gómez y Maceo habían hecho en Cuba.

El hombre de hoy viene prefigurado en el niño de ayer. Quizá yo quiera tan apasionadamente a mi pequeña patria antillana porque cuando tuve conciencia de ella fue a causa de que ya no era una patria, sino un dominio, y eso me produjo un dolor vivo, casi indescriptible, que muchas veces me mantuvo despierto largo rato cuando me mandaban a dormir, y velar es difícil para un niño. Puedo asegurar que a los 10 años yo me sentía avergonzado de que Santana, el que anexionó el país a España en 1863, y Báez, el que quiso entregar Samaná a los Estados Unidos, fueran dominicanos. Al andar de los años aquel dolor y aquella vergüenza se convirtieron en pasión dominicana; y cuando empecé a escribir lo hice con esa pasión, y cuando me tocó ser el líder de un partido político y el presidente de mi país, tuve buen cuidado de conducirme siempre como un dominicano que tenía el orgullo de su nacionalidad.

EL ANTICOMUNISMO COMO DISFRAZ PARA Luchar CONTRA LA DEMOCRACIA

Pero si a veces dudo acerca de la capacidad de la gente para comprender lo que es la democracia, con más frecuencia me digo que cierta gente actúa en forma verdaderamente irresponsable; pues quien tiene funciones de orientador de la comunidad —sea periodista o sea sacerdote— no puede y no debe ignorar algo tan importante para la sociedad humana como es todo lo que se refiere a su organización política. Un periodista de un país democrático, o que desea ser democrático, y un cura católico de cualquier país, están en la obligación de saber a fondo y en detalle no sólo qué es y cómo funciona la democracia, sino qué es y cómo funciona el comunismo. El periodista, el autor de libros, el profesor, el sacerdote que no saben qué es la democracia y cómo funciona, están sembrando el comunismo; pero también están sembrando el comunismo el periodista, el autor de libros, el sacerdote, el profesor y todos los que dirigen la opinión pública cuando no saben qué es y cómo funciona el comunismo. En la guerra ideológica que está llevando a cabo la humanidad, los generales y los coroneles y los capitanes que no saben mandar deberán ser degradados a cabos; y no sabe mandar quien no sabe distinguir entre los combatientes quién es el amigo y quién el enemigo, si debe disparar sobre las tropas enemigas o si debe disparar sobre las suyas.

Hubo un periodista norteamericano, nada menos que un Premio Pulitzer, que dedicó toda la energía de su alma a llamar comunista al gobierno que yo presidía. Entregó su vida, durante siete meses, a la tarea de destruir una democracia. Llegó a decir que CIDES, una institución establecida expresamente para formar conciencia democrática en la República Dominicana, había entrenado nada menos que diecisiete mil guerrilleros comunistas. Nueve meses después de haber sido derrocado el gobierno, las fuerzas armadas y la policía dominicanas no habían podido presentar al mundo uno solo —o una parte de uno solo— de esos diecisiete mil guerrilleros. ¿Para quién trabajó ese Premio Pulitzer? ¿Y para quién trabajó la poderosa cadena de periódicos de los Estados Unidos que pagaba a ese periodista? ¿Para quién trabaja, en esta hora del mundo, el que mata una democracia?

La democracia latinoamericana es constitucionalmente débil a causa de la debilidad de las estructuras

sociales en los países americanos; pero esa debilidad es mayor debido a que sobre todo el continente —tal vez con la excepción de Canadá, Méjico, Costa Rica y Uruguay, pero no con la excepción de los Estados Unidos— se ha estado propagando sistemáticamente el miedo al comunismo sin explicar qué es el comunismo; se ha creado en forma artificial un miedo difuso a algo que cada quien identifica con aquello que menos se ajusta a sus deseos; así, el comunismo puede serlo todo, y todo puede ser comunista: un gobierno, un libro, una canción, un partido político, y a menudo un régimen democrático con todas las de la ley. Ese miedo ha sido creado y difundido deliberadamente por aquello de que “el miedo guarda la huerta”, y deliberadamente se rehuye explicar a los pueblos qué es la democracia y qué es el comunismo, porque si se explican ambas cosas se corre peligro de que los pueblos sepan que dentro del sistema democrático pueden lograr beneficios que hoy se adjudican a sus explotadores.

La acusación de comunista truena en periódicos, en estaciones de radio y televisión, en revistas, conversaciones, púlpitos, corrillos y se lanza como una catapulta contra cualquier intelectual o político que ose predicar la menor reforma. Esa acusación crea una falsa opinión pública, la que se ciñe a los grupos de mando de estos países; pero aún siendo falsa — porque es la de una minoría—, resulta suficiente para justificar al asalto destructor a la democracia y sobre todo para darle aspecto de justicia a la persecución de que son objeto los intelectuales y los políticos que desean un cambio en la situación de nuestros pueblos. Con tal acusación, sostenida en todas partes y por todos los medios, se ha logrado crear una falange fanática que nos hace evocar el celo ardiente de Savonarola y la locura criminal de Adolfo Hitler. Ser demócrata no consiste ya en predicar la democracia y vivir según sus principios ni en ayudar a edificar una democracia. En la República Dominicana, por lo menos, para dar fe de que era demócrata yo tenía que hacer lo mismo que hizo Trujillo: encarcelar, deportar y matar a cualquiera que fuera acusado de comunista y además debía atenerme al juicio del general Tal o del coronel Cual, a quienes Dios había dotado de un don especial para saber quién era comunista y quién no lo era. Yo, por ejemplo, que jamás he tenido el menor coqueteo comunista, resultaba comunista para algunos de esos militares y para algunos sacerdotes católicos.

El miedo cerval al comunismo crea comunistas. En general, el miedo es el peor de los consejeros, porque no da lugar al consejo, esto es, al juicio frío que permite hallar la mejor solución para un problema.

Hay una ciencia política en que se estudian los sistemas y las filosofías que ha producido la humanidad y hay una actividad política menuda en que se habla esto y aquello de un gobierno o de un líder, acusándolo de tal o cual cosa. La ciencia política había sido debatida en Venezuela desde los días de las guerras de Bolívar, y el mismo Bolívar expresaba a menudo conceptos políticos de verdadera novedad, lo cual podía hacer porque en medida más o menos grande, tenía un auditorio capaz de entenderlos. Ese no era el caso de la República Dominicana; en la República Dominicana, con la excepción de Hostos, nadie habló nunca el lenguaje de la ciencia política: se hablaba de política, lo que significa que se chismeaba acerca de Fulano y de Zutano o se les defendía con fanatismo, y en los mejores casos se hablaba de cosas que había que hacer para mejorar la suerte del país; pero nadie —hasta donde yo sepa— tocó nunca el tema de las concepciones políticas que el hombre había creado a lo largo de la historia humana. En forma modesta, como cuadraba a la modestia de mis conocimientos, yo había hecho eso en Venezuela, y lo que había hecho en Venezuela con la aprobación y el estímulo de gente del pueblo, líderes y de intelectuales demócratas, resultaba en Santo Domingo la prueba de que yo era comunista. No había la menor duda de que la sombra de Trujillo había vuelto a tomar los mandos del país.

LA ALIANZA PARA EL PROGRESO Y OTROS ORGANISMOS INTERNACIONALES

Con la Alianza para el Progreso sucedía algo similar a lo que sucedía con el comunismo, aunque en sentido contrario; la primera era algo muy bueno que nos haría ricos; el segundo era algo muy malo que nos quitaría esa riqueza. De la una se esperaban todas las bienandanzas y del otro todos los crímenes. Como en los tiempos del medioevo en que la vida de cada quien dependía de que la protegiera un santo — el Bien— o la pusiera en peligro un diablo —el

Mal—, así para la alta y la mediana clase media dominicana no había sino un camino que conducía a la felicidad, que era el de la Alianza para el Progreso, y uno que conducía al desastre, que era el del comunismo. El otro camino, el del esfuerzo propio sostenido en un ambiente democrático, no existía; y he aquí que ése era el verdadero, el seguro, el firme. Ningún pueblo se salva con dádivas ni con miedo.

.....

En el orden internacional hay una serie de organismos que compiten entre sí en el campo de las grandes obras destinadas a estimular el desarrollo de países pobres; van desde el Banco Mundial al BID, desde las Naciones Unidas a la Organización de Estados Americanos. Todos emplean técnicos que reclutan y contratan con sueldos altos, gastos liberales cuando viajan; y no hay duda de que algunos de esos técnicos creen apasionadamente en que deben rendir y están rindiendo un servicio importante a la humanidad, pero tampoco puede haber duda de que muchos de ellos sirven, inconscientemente, la ley de centralización creciente de actividades que tienen los organismos que los emplean.

Como resultado de esa ley se produce un fenómeno característico de la hora de auge que tienen los organismos internacionales; varios de esos organismos desean, a un mismo tiempo, realizar obras en cada país pobre. Y como es claro, esas obras deben ser cuidadosamente estudiadas, lentamente estudiadas, desde todos los ángulos menos del que realmente importa en un país en verdad atrasado: la necesidad de urgencia.

Cuando el senador Javits, republicano de Nueva York, discutió conmigo este aspecto de los problemas del desarrollo, me convencí de que además de la Alianza para el Progreso, que era una buena ayuda para resolver los problemas diarios, la República Dominicana necesitaba inversiones fuertes en obras productivas que sólo podían llegar del campo privado. Me fui a Europa, en enero de 1963, y concerté en principio un acuerdo con un consorcio suizo. Ese acuerdo le proporcionaría a la República Dominicana ciento cincuenta millones de dólares en obras productivas, de los cuales el gobierno pagaría quince millones en los dos primeros años —a razón de siete y medio millones cada año—, pero siempre que esos quince millones estuvieran invertidos ya en el país; el resto se pagaría doce años después. Todos los gastos hechos

en el territorio dominicano serían en dólares, que el consorcio suizo llevaría al país; los trabajos y los costos serán supervisados por una oficina especialmente creada por el gobierno dominicano, y además por una firma extranjera debidamente calificada. Como el gobierno dominicano no tenía estudios suficientes para cubrir la totalidad del acuerdo, se comenzaría con obras que montaban a noventa millones de dólares: dos grandes presas, con su instalación eléctrica y amplias canalizaciones; una planta eléctrica térmica y la ampliación del acueducto de la capital. Mientras tanto, se irían haciendo estudios para el empleo de los sesenta millones restantes.

El contrato de la Overseas, que sería realizado por la General Electric de Inglaterra, levantó al mismo tiempo el crédito internacional de la República Dominicana y una ola de laborantismo de tipo internacional. De golpe aparecieron docenas y docenas de consorcios y compañías constructoras que antes no hubieran vuelto los ojos al pequeño país antillano, todas interesadas en ese contrato o en otros parecidos y surgieron también —desde luego— las críticas de organismos internacionales que se lamentaban de que la República Dominicana tuviera que pagar intereses de mercado cuando hubiera podido hacer lo mismo pagando intereses tipo organismo internacional. Como es claro, líderes de ventorrillos políticos dominicanos se pusieron al servicio de los competidores de la General Electric inglesa; y cuando el gobierno constitucional fue derrocado, el contrato fue rescindido. El gobierno golpista no pudo presentar un solo argumento para justificar la derogación. Sin que se hiciera notar, muy lenta y suavemente, los círculos de la oligarquía latinoamericana, que se oponían a la Alianza para el Progreso debido a que ésta exigía reformas económicas y sociales, usaban las opiniones de los organismos internacionales cuando éstos les eran favorables.

La Alianza para el Progreso era mala, según esos círculos, porque exigía reformas tales como la agraria y la fiscal; pero cuando un gobierno pretendía hacer fuera de la Alianza algo que en fin de cuentas produciría un cambio de las estructuras económicas, la oligarquía salía, como un desinteresado caballero andante, a propagar que la Alianza para el Progreso era la única ayuda que debía usarse.

Y resulta que la Alianza no era ni mala ni buena; era una ayuda útil, el tipo de ayuda que hubiera podido evitar muchos males históricos a la América

Latina si hubiera comenzado a aplicarse a tiempo, esto es, antes de que la segunda guerra mundial precipitara en estos países la formación de una oligarquía financiera con mentalidad de latifundista. No era ni buena ni mala porque dependía esencialmente del criterio con que esa ayuda se administraba. Si los fondos de la Alianza se manejaban con probidad, para el desarrollo del país y no para beneficio político del partido gobernante o para el provecho de un sector oligárquico, la Alianza era buena; si se manejaban sin honestidad y con fines políticos o para servir los apetitos de un grupo, era mala. Pero si la Alianza se usaba para hacer propaganda, bien a los Estados Unidos, bien al gobierno latinoamericano beneficiado por ella, entonces la Alianza no era buena ni era mala ni era útil, porque con la tragedia de América Latina no debe hacerse política. Los males de la Alianza no le eran inherentes, no nacieron con ella. Estaban en la entraña latinoamericana y eran nuestros males históricos. La manera de aplicar los fondos de la Alianza tenía resultados negativos que el gobierno que yo presidí trató de evitar, y creo lo consiguió en medida importante. Pero el gobierno constitucional dominicano era un régimen con una intención clara de hacer reformas en todos los campos, sin excluir, desde luego, el campo moral, y por esa razón usó la ayuda de la Alianza para que sirviera al pueblo y no a personas o a grupos.

Sin embargo, no debemos olvidar que cualquier gobierno democrático latinoamericano que se resista a usar el poder para el provecho de unos pocos, sean nacionales o extranjeros, no puede sostenerse en este mundo subdesarrollado de piratas con Cadillacs. Es comunista y hay que destruirlo.

LA CORRUPCIÓN Y LOS GOLPES DE ESTADO

En los países de América Latina, con muy pocas excepciones, gobernantes y gobernados ejercen la corrupción en la forma más natural, y la corrupción no se limita al robo de los fondos públicos, sino que alcanza a otras manifestaciones de la vida en sociedad. Al tomar el poder en la República Dominicana el régimen democrático tenía que esforzarse en moralizar el país o se exponía a que la inmoralidad acabara con la democracia.

La batida contra el robo fue de tal naturaleza, en todos los frentes donde podía haber fraude, que al terminar el primer mes de gobierno podíamos estimar que al cerrarse el año fiscal nueve meses después tendríamos una economía de 10 millones de pesos. Pero eso no significaba que hubiéramos acabado con el mal. Según nuestros cálculos los robos en el campo fiscal solamente sobrepasaban los 25 millones y podían acercarse a 30 millones, es decir, casi el 20 por ciento del presupuesto total, y los que tenían lugar en dependencias autónomas, en fincas, propiedades y empresas del Estado, eran incalculables; tampoco podían calcularse las sumas que dejaban de entrar en el fisco por contrabando, cobros amañados de diferentes impuestos y exenciones contributivas caprichosas.

.....

Cuando Trujillo alcanzó el poder, en 1930, el país tenía una Dirección General de Suministros del Estado y las compras se hacían por subasta pública; cuando murió el dictador, cada ministerio compraba lo que le hacía falta, cada departamento pedía al comercio lo que necesitaba y como se hizo común y corriente que los comerciantes del país y sus agentes del exterior dieran el diez y el quince por ciento en efectivo del total de la compra al encargado de hacerla, el gobierno democrático se encontró con un hábito de comisiones que había llegado a extremos escandalosos; a menudo un departamento compraba cosas que no necesitaba sólo para que hubiera comisión, otro se hacía subir expresamente el precio de los artículos para que la comisión subiera, otro se las ingeniaba para echar a perder equipo nuevo a fin de justificar una compra que a su vez permitiera cobrar comisión.

Es difícil imaginarse a qué suma alcanzaba el fraude de las comisiones, porque éstas se estilaban en todo; los contratistas de obras públicas tenían que dar comisión a un intermediario, el cual a su vez pagaba comisión a un jefe, y los subcontratistas le pagaban a los contratistas y la cadena llegaba ya a los más modestos funcionarios públicos, que tenían que dar dinero para conseguir empleo y hasta los escribientes de las oficinas donde se expendían cheques, que cobraban por entregarlos.

Ese ambiente de corrupción era el caldo en que prosperaba una parte de la clase media dominicana, la porción de clase media que no se había preparado

para obtener beneficios mediante la capacidad, en competencia honesta y abierta, y se las arreglaba para obtenerlos mediante el fraude, el negocio en la sombra, el favor del gobernante. Ahí estaba la clave de que la clase media dominicana —como ha sucedido con tantas otras en toda la América Latina en diferentes ocasiones— fuera tan indiferente en la defensa del régimen democrático, pues en el régimen democrático siempre se está expuesto a que alguien, en un mitin, en la radio, en un periódico, denuncie cualquiera de esos negocios turbios; y aunque a menudo el ambiente de corrupción es usado por los políticos sin escrúpulos para acusar a todo el mundo de todas las infamias, lo cierto y verdadero es que la amenaza de que una de esas denuncias sea legítima asusta a los que viven del fraude y su miedo acaba convirtiéndose en deseo de que desaparezca el sistema de gobierno que permite las denuncias públicas. Por otro lado, la corrupción tiene consecuencias malas en un campo distinto: mata la fe de los que desearían tener fe en la democracia, especialmente entre los jóvenes; y esto es mucho más cierto en la América Latina, donde tal vez por esa misma tradición de fraude o por la necesidad de compensación para establecer el equilibrio que demanda la vida, la juventud tiene una necesidad vehemente de que la moralidad pública gobierne los actos de los que están en el poder.

Yo sabía, por denuncias privadas, que en los institutos armados —ejército, aviación, marina y policía— el cobro de comisión era un hábito; sabía también que los jefes acostumbraban nombrar intendentes que debían compartir con ellos las comisiones y que cada cierto tiempo, cuando se consideraba que ya el intendente había percibido una cantidad de dinero suficiente, se nombraba uno nuevo para que se “acomodara”. Esa especie de institucionalización del robo llegó a tal punto, que en la madrugada del 25 de setiembre, antes aún de firmar la proclama del golpe de Estado, los militares golpistas discutieron la materia de las comisiones y resolvieron nombrar intendentes nuevos cada seis meses; y ahí mismo se acordó en qué orden de tiempo iban algunos de los firmantes de la proclama a ser nombrados intendentes. Con la autorización para cobrar comisiones se pagaba el asesinato de la democracia.

Un día llamé a los jefes militares y les dije que el cobro de comisiones debía terminar. Les expliqué

que la democracia dominicana era observada en toda América y que no podíamos permitir que se deshonrara; que la falta de honestidad deshonraba la democracia no sólo porque el fraude es un delito en sí mismo, sino porque sacaban fondos del pueblo, que debían estar destinados a obras y servicios públicos, para llevarlos a bolsillos privados; les expliqué que, según mis informes, la mayor cantidad de ese dinero sustraído al pueblo era cambiado en dólares y enviados al extranjero, donde se colocaba en cuentas personales pero iba a dar, aunque figurara en el papel como dinero reservado a Fulano de Tal, a empresas, comercios e industrias extranjeros, porque los bancos usaban el dinero que recibían en depósitos para financiar negocios, de donde resultaba que el dinero dominicano que se le quitaba al Estado dominicano daba en fin de cuentas beneficios a otros países; les dije que la República Dominicana era un país rico y que si nosotros nos sosteníamos dos años —nada más que dos años— con un régimen de austeridad y si establecíamos como hábito la honestidad en la administración de los fondos públicos, el desarrollo del país iba a ser de tal naturaleza que la riqueza alcanzaría para todos.

Yo sabía que entre los jefes militares había uno que no estaba recibiendo beneficios del robo organizado, pero sabía también que los intendentes de su departamento hacían lo mismo que todos los intendentes de los institutos armados. De todos ellos el que me oyó con más atención fue el jefe de policía, y éste, al día siguiente, pidió verme para hablarme del asunto. “Presidente —me dijo—, he dado orden de que las comisiones se rebajen al cinco por ciento, porque rebajarlas de golpe a nada es casi imposible. El mes que viene ordenaré que no se cobren más. Pero quiero preguntarle algo: ¿qué hacemos si los comerciantes insisten en dar la comisión?” “Pedirles que la rebajen en el precio, porque los comerciantes no dan esa comisión de sus beneficios, lo que hacen es sumarlas al precio”, dije. Y cuento este detalle para que se aprecie con qué naturalidad el encargado de perseguir los robos tomaba como cosa normal el hábito de las comisiones.

Una semana después llamé de nuevo a los jefes militares para saber si se estaba cumpliendo lo ordenado. Según ellos, no había cobro de comisiones en las fuerzas armadas; ese hábito se había eliminado. Entonces saqué de mi escritorio un recibo de un ofi-

cial, extendido a una fábrica de baterías del Estado, en el cual constaba la cantidad de dinero que había recibido y explicaba el concepto: quince por ciento de comisión por compra de baterías para automóviles y camiones de la aviación. El Ministro de las Fuerzas Armadas se fue con el recibo y nunca más, a partir de ese día, volvió ninguna dependencia de su ministerio, ni aún de la policía, a comprar una batería en esa fábrica; en lo sucesivo las compras se hacían a comerciantes que pagaban las comisiones en efectivo y no dejaban pruebas de la operación.

.....

La batalla por la decencia pública tenía que ser permanente y dura. La corrupción tomaba muchas formas y el nepotismo era una de ellas. El país había heredado de la tiranía la costumbre de que familias enteras, incluyendo miembros colaterales, ocuparan los puestos públicos en los departamentos donde uno de ellos alcanzaba a ser jefe. El dispendio era escandaloso. Al tomar el poder encontramos un almacén de whisky, vinos y otros licores en el Palacio Nacional. Los autos con placas oficiales pululaban por dondequiera. Yo no usé auto del Estado ni placa oficial mientras fui presidente, porque debía dar ejemplo de sencillez y austeridad y en el Palacio Nacional sólo se brindaba café y agua de coco.

.....

Durante años y años, la corrupción había sido rampante, descarada y organizada desde lo más alto del poder público; no iba a ser fácil, pues, acabar con ella. Pero por lo menos se sabía ya que en las alturas del poder público no se apoyaba la corrupción sino que se la perseguía, y poco a poco podría crearse el hábito de respetar los bienes del pueblo. Pero la tarea era dura porque los beneficiados con la inmoralidad defendían su derecho a ejecutarla con más vehemencia que la que podían haber utilizado en defender derechos legítimos. Para esa gente, el que cometía delito era el Gobierno; cometía el imperdonable delito de ejercer y reclamar honestidad.

En la medida en que el Gobierno avanzaba en ese camino, la oposición se llenaba de santa cólera. Un comentarista de radio —hay que llamarlo así, aunque no es comentarista el que se dedica a vociferar por la radio insultos, mentiras y vulgaridades— que había sido director del periódico del Gobierno bajo el Consejo de Estado, había hecho mal uso de fon-

dos de la empresa y se le acusó ante los Tribunales; pero cuando se le fue a detener con una orden judicial, líderes de la oposición —entre ellos el que había sido candidato presidencial de la UCN, el doctor Fiallo— rodearon al acusado, en un estudio de televisión que estaba transmitiendo —de manera que todos los televidentes que tenían puesta esa estación vieron el triste espectáculo— y gritaron que allí estaba asesinandose la libertad de expresión, que ellos iban a dar sus vidas para salvarla; algunos reclamaron a voces que los militares derrocaran al Gobierno y hasta hubo quien solicitara que los matadores de Trujillo repitieran su acto heroico el 30 de mayo de 1961.

La intensidad de la corrupción puede medirse por ese episodio: los más altos líderes de la oposición se negaban a que la justicia actuara en un caso vulgar y corriente de abuso de confianza con dinero público.

.....

Aunque hubo numerosas causas, todas coincidentes, para el golpe militar dominicano de 1963, la que lo determinó fue la corrupción. En mi viaje a México, adonde iba como invitado del Presidente López Mateos a la celebración del aniversario de la independencia mejicana, me acompañaron el Ministro de las Fuerzas Armadas y el jefe de la Aviación Militar. Este último me presentó, en el viaje, un proyecto suyo para comprar aviones de guerra ingleses por seis millones de dólares. Yo tenía informes acerca de la negociación. El jefe de la aviación militar había mantenido en el hotel Embajador varias entrevistas con agentes extranjeros y en esas entrevistas se bebía y se hablaba más de la cuenta. Sólo a un inconsciente se le podía ocurrir que un país en quiebra, con el pueblo muriéndose de hambre, estaba en condiciones de gastar seis millones de dólares en aviones de guerra. Ese general sabía, como todos sus compañeros de las fuerzas armadas, cuál era la situación económica del gobierno, pues a menudo yo mismo le hablaba de ella; sin embargo, su inconciencia era tan notable que, sin haber hablado conmigo, había seleccionado el grupo de pilotos que iban a llevar esos aviones desde Inglaterra y los había puesto a recibir lecciones de inglés.

La comisión habitual de los compradores en las fuerzas armadas era de diez por ciento, aunque hubo casos, como el de la compra de baterías, en que llegó al quince por ciento. En las conversaciones del

hotel Embajador el tanto por ciento se había fijado en veinte, es decir en un millón doscientos mil dólares. La tajada era demasiado grande y valía la pena derrocar un Gobierno cuyo Presidente no estaba dispuesto a permitir que un millón doscientos mil dólares del pueblo dominicano fueran a parar a una cuenta de ahorro en un banco de Miami o de Puerto Rico.

Yo retorné de México el día 19 de setiembre; el 23 se decidió el golpe; en la madrugada del 25, el golpe se había consumado.

CRISIS DE LA DEMOCRACIA EN AMÉRICA

La crisis de la democracia en la República Dominicana es una crisis de la democracia de América. Tiene sus peculiaridades dominicanas, pero no es exclusivamente dominicana. Cuando fue derrocado el gobierno que el pueblo había elegido el 20 de diciembre de 1962, el puñal entró en carne dominicana y su punta fue a clavarse en el corazón de América. Pues América es múltiple y es, sin embargo, una y todo cuanto ha sucedido en un país americano ha sucedido luego en otros. Por lo menos, eso enseña la historia y la historia no es sólo un relato de lo que ya pasó, sino también y sobre todo un espejo de lo que va a pasar.

Si le parece interesante que COLUMNA 10 se difunda y quiere cooperar con nosotros, haga llegar su contribución a C.R.S., Casilla de Correo Central nº 1811.

m\$n. 100 permitirán difundir 10 ejemplares más;
m\$n. 1.000 cien ejemplares más. Cheques o giros pueden extenderse a nombre de COLUMNA 10.